

¡No sueña con la nube voladora
Que pasó en la mañana
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana!

Muchas nubes pasaron á su vista
Holló muchos volcanes,
Su plumaje mojaron y rizaron
Torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa
Su agitación extraña:
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía
Vencedor inclemente,
Trayendo los despojos palpitantes
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos
La rápida ladera:
Un niño, y un anciano de alta talla
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano
Con acento vibrante:
«Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto
De esa cumbre gigante.»

El cóndor, al oirlo, batió el vuelo;
Lanzó ronco graznido,
Y fué á posar el ala fatigada
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido
De fúnebre congoja,
Pasó la noche, y sorprendiólo el alba
Con su pupila roja.

II.

• Enjambre de recuerdos punzadores
Pasaban en tropel por su memoria,
Recuerdos de otro tiempo de esplendores,
De otro tiempo de gloria,
En que era breve espacio á su ardimiento
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza á las nubes en Oriente;
Ó con mirada altiva
En la garra pujante se apoyaba,
Cual se apoya un titán sobre su clava.

Una mañana, ¡inolvidable día!
Ya iba á soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
Á celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
La cólera rugiente
Del volcán que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
Y vibraron los bélicos clarines,
Del Ande gigantesco en los confines.

Crecida muchedumbre se agolpaba

Cual las ondas del mar en sus linderos ;
Infantes y jinetes avanzaban
Desnudos los aceros,
Y atónita al sentirlos la montaña,
Bajó la frente y desgarró su entraña (1).

¿Dónde van? ¿dónde van? Dios los empuja,
Amor de patria y libertad los guía:
Donde más fuerte la tormenta ruja;
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo;
¡Van á morir ó á libertar un mundo!

III.

¡Pensativo á su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino
Al león hispano asió de la melena
Y lo arrastró por la sangrienta arena.

El cóndor lo miró, voló del Ande
Á la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: ¡Este es el grande!
Y San Martín oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia,
Dijo á su vez: ¡Mirad, esa es mi gloria!

IV.

Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;

(1) Pasaje de los Andes.—23 de Enero de 1817.

Y á sus rancos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno.

Un día..... se detuvo; había sentido
El estridor de la feroz pelea;
Viento de tempestad llevó á su oído
Rugidos de marea;
Y descendió á la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y cimeras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo,
En la cima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda,
La enseña de los libres ondeaba
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba;
Y al fin entre relámpagos de gloria
Vino á alzarla en sus brazos la victoria (1).

Lanzó el cóndor un grito de alegría,
Grito inmenso de júbilo salvaje;
Y desplegando en la extensión vacía
Su vistoso plumaje,
Fué esparciendo por sierras y por llanos
Jirones de estandartes castellanos.

V.

Desde entonces, jinete del vacío,
Cabalgando en nublados y huracanes,

(1) Batalla de Chacabuco.—12 de Febrero de 1817.

En la cumbre, en el páramo sombrío,
Tras hielos y volcanes,
Fué siguiendo los vívidos fulgores
De la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba
Para verla pasar, y que en la lira
De bronce de sus olas entonaba,
Como un grito de ira,
El himno con que rompe las cadenas
De su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella
Noche de maldición, noche de duelo,
En que desapareció como una estrella
Tras las nubes del cielo;
Y al compás de sus lúgubres graznidos
Fué sembrando el espanto en los dormidos (1).

¡Siempre tras ella, siempre! Hasta que un día
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo;
El sol de libertad que aparecía
Tras nublado profundo,
Y envuelto en su magnífica vislumbre
Tornó soberbio á la nativa cumbre.

VI.

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,
En el calvo señor de la montaña!
Por eso se agitaba entre su nido
Con inquietud extraña;
Y al beso de la luz del sol naciente
Volvió otra vez á sacudir las alas
Y á perderse en las nubes del Oriente.

(1) Sorpresa de Cancha Rayada.— 19 de Marzo de 1818.

¿Adónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?
Va á esperar del Atlántico en la orilla
Los sagrados despojos
De aquel gran vencedor de vencedores,
Á cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores.

Va á posarse en la cresta de una roca
Batida por las ondas y los vientos,
Allá, donde se queja la ribera
Con amargo lamento,
Porque sintió pasar planta extranjera
Y no sintió tronar el escarmiento.

¡Y allá estará! Cuando la nave asome
Portadora del héroe y de la gloria;
Cuando el mar patagón alce á su paso
Los himnos de victoria,
Volverá á saludarlo como un día
En la cumbre del Ande,
Para decir al mundo: ¡Este es el grande!